
Luis Enrique Alonso ()*

Agrarismo, populismo y división internacional del trabajo

INTRODUCCION

Hoy en día es moneda de curso corriente la caracterización, acertada a mi modo de ver, de Joaquín Costa como *populista*. Desde hace más de diez años una sólida y madura corriente de investigación —apuntada por el gran maestro Pierre Vilar (1) y desarrollada tanto por los historiadores franceses Jacques Maurice y Carlos Serrano (2), como por el sociólogo español Alfonso Ortí (3)— ha sabido poner en claro las similitudes del pensamiento

(*) Profesor de Sociología. Universidad Autónoma de Madrid.

(1) Pocas caracterizaciones de Joaquín Costa tan acertadas teóricamente y respetuosas con la realidad como la realizada por Pierre Vilar en un artículo cuya versión original francesa aparece en 1974: «A base de confundir vestigios estructurales y marcos futuros, de mezclar críticas y proyectos fundados en principios contradictorios —tradicionales, burgueses, libertarios, autoritarios—, Costa oficia la ceremonia de la confusión. Ya en su época se le acusaba de distinguir mal entre nostalgia del pasado y posibilidades del futuro, entre economicismo vulgar e idealismo utópico, entre fidelidad a las antiguas místicas y anticlericalismo militante, entre odio hacia los políticos y tentación apasionada por la política. Hoy, algunos franquistas recurren a él, aunque castrando su pensamiento; los socialistas le tratan de «prefascista»; pero más de un revolucionario le reconoce como precursor. Podemos decir que a lo que más nos recuerda (*mutatis mutandis*) es al populismo ruso. Un populismo que ningún Lenin español supo criticar constructivamente» (Vilar 1985, p. 387).

(2) Además del conocido, e indispensable, libro conjunto de Maurice y Serrano (1977), es de particular interés y calidad la *Introducción* de Carlos Serrano (1983) a «*Colectivismo Agrario en España*» de Joaquín Costa.

(3) Sin lugar a dudas han sido las contribuciones de Alfonso Ortí las más originales y vivificantes que sobre la obra de Costa hemos recibido en estos últimos años. La importante síntesis de instrumentos de análisis, que van desde la historiografía al psicoanálisis pasando

— Agricultura y Sociedad n.º 55 (Abril-Junio 1990)

del autor aragonés con los planteamientos del movimiento populista ruso y, a partir de ahí, realizar un análisis mucho más rico y ajustado de su obra una vez introducidas estas nuevas coordenadas explicativas. Sin embargo, los movimientos populistas y el populismo, en general, están muy lejos de haber recibido el tratamiento teórico que su importancia histórica le confiere, y aunque poseemos trabajos, más o menos clásicos, más o menos novedosos, sobre el tema —trabajos indispensables ya para cualquier acercamiento serio a este asunto— son todavía demasiados los silencios, puntos ciegos y lagunas en el estudio de los fenómenos populistas como para estar satisfechos con lo que tenemos. Las líneas que siguen intentan aportar alguna clave significativa más en el análisis sobre el populismo de las que ya disponemos, tratando con ello de ofrecer, a la vez, un modesto, pero admirativo y sincero homenaje a aquel pensador que fue, según palabras de otro gran maestro de historiadores, Jaime Vicens Vives, «el mejor intérprete de la angustia española» (Vicens Vives 1969, p. 189).

En principio tenemos que advertir que nuestro objeto fundamental de estudio son los *populismos agrarios* que sirven de contexto teórico e histórico a la obra de Joaquín Costa y cuyo elemento catalizador principal es el pequeño campesino, dejando así de lado, por lo tanto, ese otro fenómeno, mucho más genérico, especialmente arraigado en América Latina y, en general, en las sociedades abiertamente dependientes que los autores franceses Gustavo y Hélène Beyhaut (1986, pp. 274-275) han designado muy gráficamente como *populismo dirigido*. Este populismo dirigido resulta ser, sobre todo, una ideología estatal —cuyos ejemplos paradigmáticos serían la Argentina de Perón y el Brasil de Vargas, entre otros muchos— producto de una estrategia

por la semiología o la teoría de las ideologías, que ha conseguido elaborar Ortí en su minucioso y dilatado trabajo sobre los textos de Joaquín Costa —tanto en su monumental, cualitativa y cuantitativamente, «*Estudio introductorio*» (1975) a «*Oligarquía y caciquismo*» como en una larga serie de artículos algunos de los cuales serán reseñados más adelante— trasciende con mucho el ámbito estricto del examen monográfico de la obra de Costa para constituirse en valiosas aportaciones sobre la historia española de finales del siglo XIX, así como a otro nivel, materiales imprescindibles para formular una teoría general del populismo y del regeneracionismo.

política empleada por las burguesías locales de cara a fraguar y hegemonizar una alianza con las clases y sectores subordinados, especialmente marginales, con el objetivo de enfrentarse a las viejas oligarquías agrarias en un intento de industrialización tardía (Alavi 1983, pp. 380-382).

Las semejanzas entre estos procesos y el populismo agrario en sentido estricto que estudiaremos más adelante son notables, es también notable la importancia que tiene la introducción de elementos del discurso campesino en la consolidación de los movimientos populistas urbanos (Laclau 1978, p. 220), así como igualmente podemos detectar paralelismos importantes en los mecanismos de autoorganización y estructuración interna de ambos movimientos. Pero además de que estudiar todas estas semejanzas, interpenetraciones y paralelismo están fuera del alcance de nuestras posibilidades, las diferencias reales de todo tipo aconsejan que separemos aquí el populismo rural de un *populismo urbano* que Manuel Castells ha definido brillantemente como «el proceso de establecimiento de la legitimidad política basado en una movilidad popular sostenida por la provisión de tierras, viviendas y servicios públicos, y encaminada a la vez, a obtenerlos. Es éste un mecanismo tradicional que existe en numerosos países desde hace largo tiempo, pero su importancia cuantitativa y su significado cualitativo se han visto intensificados en los últimos años por el ritmo y las formas de urbanización en las sociedades dependientes. Así pues, la relación entre el Estado y las masas populares, en el Tercer Mundo en general, y en América Latina en particular, viene configurada cada vez por las nuevas formas de interacción de la ciudad con las masas» (Castells 1986, pp. 245-246). Caracterización esta última que marca, por sí misma, la distancia, tanto de contexto histórico como de nivel explicativo, de los dos fenómenos reseñados.

1. LA VIA SEMIPERIFERICA DE DESARROLLO CAPITALISTA

Una vez superadas las agobiantes rigideces teóricas que suponían los modelos pseudohistóricos del desarrollo económico

«por etapas» —al que se le solía asociar un modelo de modernización política y social no menos armónico, evolutivo y automático— parece correcto suponer que el desarrollo económico es un proceso dinámico cuyo motor principal es la valorización y acumulación del capital realizada a través de una estructura productiva social y sectorialmente desigual —y jerárquica—, y con una implantación irregular en las diferentes partes de un único sistema mundial —lo que se viene denominando como «economía-mundo» (Braudel 1985, p.p. 91-131; Wallerstein 1979)— que resulta el marco geográfico moderno de la actividad económica. El papel particular que cada elemento de esta economía-mundo juega en la acumulación se modifica de modo radical cuando aparece la crisis, reorganizando su función en el crecimiento capitalista, ya sea en su ámbito geográfico, ya sea en su articulación social o en su aportación sectorial a la economía.

En los puntos extremos de este sistema mundial jerarquizado se encuentran los estados/nación centrales y las economías periféricas respectivamente. La transición al modo de producción capitalista en las regiones que se erigirán como centros de la economía-mundo se realiza mediante un proceso interno de desagregación de las relaciones de producción feudales, esta destrucción es la que permite la revolución agrícola, paso previo y necesario para una revolución industrial que origina una acumulación «autocentrada» basada en una importante demanda solvente interior; esta transición se funda políticamente al mismo tiempo en una serie de alianzas de clases en las que el resultado final principal suele ser el mismo: la formación de un aparato de Estado sólido y relativamente estable resultado de las alianzas de la nueva clase dominante (la burguesía industrial) y de la propiedad terrateniente, sea campesina (el modelo francés), sea latifundista (producto de la transformación de antigua propiedad feudal en una agricultura mercantil como es el caso inglés o alemán).

En las economías periféricas, sin embargo, el modo de producción capitalista es introducido desde el exterior mediante una colonización política y económica. No existe desintegración de las relaciones rurales precapitalistas, sino, más bien, el hecho cualitativamente distinto de su adaptación obligada a las leyes de

funcionamiento de las economías centrales colonizadoras. Así la economía comercial de estas zonas se crea u opera de cara al mercado mundial —son economías de exportación forzosa— con una acumulación extravertida, sin demanda solvente masiva (debido a las condiciones de superexplotación de la fuerza de trabajo que impiden la creación de una norma de consumo obrero) y conducida mediante una alianza de clases externa —entre los representantes del capital internacional, las oligarquías terratenientes y las burguesías compradoras— que cristaliza en formas políticas endémicamente débiles y particularmente inestables que tienden a acusar al máximo las coyunturas de crisis nacional o internacional (cfr. Dale 1985, pp. 183-207; Marini 1973, p.p. 95-135).

Entre estos dos polos nos podemos encontrar con economías que ocupan niveles intermedios en la división internacional del trabajo. Son las economías *semiperiféricas*: «ha habido siempre una serie de países mediadores que siguen una vía muy concreta y juegan un papel diferente. Las actividades de estos países semiperiféricos están igualmente más divididas. En parte actúan como zonas periféricas para los países del centro y en parte actúan como países centrales para algunas áreas periféricas» (Wallerstein 1976, p.p. 462-463). Estos países semiperiféricos —y, en cierto modo, «*subimperialistas*» (Marini 1974)— no ocupan simplemente una posición intermedia en el desarrollo espacio-temporal de la economía mundo, representan también una función de eslabones políticos en el control capitalista de las periferias por parte de las potencias centrales, lo que también le confiere características muy particulares, como luego veremos, en la formulación de sus discursos ideológicos nacionales.

Históricamente el desarrollo de las economías semiperiféricas han sido fruto tanto, en unos casos, de una ascensión desde la periferia como de, en otros, una decadencia de una posición central previa. De este último proceso, tanto Immanuel Wallerstein (1979), como André Gunder Frank (1979) —los principales difusores de la visión «integrada» que ofrecemos en estos párrafos— ponen como ejemplos máximos el desarrollo de las potencias de Europa oriental al este del Elba y la Península Ibérica,

intermedias e intermediarias en el siglo XVI y decadentes en el XVII; del primer caso (semiperiferias «ascendentes»), las colonias norteamericanas del noroeste y del Atlántico que sirvieron de semiperiferias entre Europa, las plantaciones esclavistas del Sur y del Caribe, así como de la primera apertura de la frontera del Este.

Entre 1780 y 1914, la economía-mundo europea se extiende por todo el planeta. El corazón es, por supuesto, Inglaterra, que controla el comercio de materias primas y disgrega políticamente los últimos imperios históricos en naciones periféricas. La independencia de América Latina hunde a España definitivamente en una semiperiferia completamente decadente. A partir de 1873, una crisis de superproducción en la agricultura y los bienes industriales ligeros acarrea el paso de los Estados Unidos de potencia semiperiférica a potencia central dirigente, sustituyendo en el liderazgo mundial a Inglaterra que empieza a declinar a partir de esta crisis del 73, aunque continúa siendo el país central hasta la Primera Guerra Mundial que supone, de esta manera, una destrucción del orden económico mundial y su posterior reconstrucción, ya definitivamente cristalizada, sobre el eje productivo del capitalismo americano. El orden *mercantil* británico queda definitivamente arrumbado por el orden *monopolístico* norteamericano, la economía-mundo encuentra su nuevo equilibrio (temporalmente frágil) sobre el capitalismo de la gran producción en masa dominado jerárquicamente por una cadena de poderes económicos y políticos nacionales cuyo punto de referencia principal se circunscribe en torno a los Estados Unidos (Cfr. Smith 1984).

En el nivel estricto de las formaciones sociales semiperiféricas, hasta la depresión de las décadas de los setenta-noventa se puede hablar de la consolidación definitiva de una nueva burguesía latifundista agraria que subordina dentro del bloque de poder a la vieja aristocracia feudal, mientras se articula a la vez en un pacto explícito con el capital extranjero sobre la industrialización de enclave que le sirve como garante de superbeneficios en su colocación de excedentes financieros. Este pacto muchas veces se hace a costa de frenar las posibilidades de desarrollo industrial autónomo —de por sí débiles— producto este último, casi

siempre, de la reinversión de los beneficiarios agrarios que proceden de los intercambios comerciales con los países del centro.

La crisis mundial de los años 1870-90 implica una recomposición de todo el equilibrio de la economía internacional. Es el momento justo de las industrializaciones semiperiféricas por el fenómeno clásico de sustitución de importaciones, lo que hace *nacionalistas* formalmente a sus políticas económicas, doctrinas estatales e ideologías dominantes, de cara a la máxima protección de los mercados internos (y la de sus áreas de influencia económica más o menos extensas), nacionalismo éste que es el lógico producto, a su vez, de la alianza de clases entre la burguesía agraria (y ya en ese momento financiera) y la burguesía industrial que seguirá subordinada aunque siempre presente en el bloque de poder. Justo al mismo tiempo se hacen, más que nunca, estos países *dependientes* de la tecnología, las cualificaciones y los capitales extranjeros.

Una vez superada la crisis mundial tanto industria (habitualmente con estructuras inadecuadas, sobrecapacidad generalizada en las ramas más atrasadas y casi ausencia de los sectores punteros, etc.) como agricultura latifundista —que no podrá competir con los productos agrarios ultramarinos— sólo podrán sobrevivir gozando de un proteccionismo exacerbado de los mercados de consumo internos (lo que supone carestía y, por lo tanto, penuria en los niveles de vida de las masas) militantemente defendidos por una estructura política que, o es abiertamente despótica, o es formalmente democrática pero realmente corrompida y controlada por los representantes orgánicos de los intereses del bloque de poder dominante.

2. EL CAMPESINADO SEMIPERIFERICO Y LOS MOVIMIENTOS POPULISTAS

¿Dónde queda el campesinado (4) en la dinámica que acabamos de contemplar? La primera respuesta es evidente en un

(4) Tomamos de Eric R. Wolf la siguiente caracterización del campesinado: «El objetivo principal del campesino es la subsistencia y el *status* social que se obtiene dentro de un pequeño campo de relaciones sociales. Entonces, los campesinos se diferencian de los

lugar subordinado económica y políticamente como en todos los casos de transición al mundo contemporáneo, salvo la experiencia francesa sobradamente conocida como revolución campesino-burguesa. Pero aquí las particularidades son notables.

En efecto, siguiendo a Barrington Moore, en su clásica y señera obra «*Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*», (1976, revisión crítica en Wiener 1975) dos serían las variantes básicas de transición a la sociedad burguesa democrática a partir de la transformación de su estructura social agraria: en el caso inglés la aristocracia rural inglesa tendió a adoptar rápida y tempranamente una forma de agricultura comercial que implicaba el destierro obligado de los campesinos que se veían abocados a la emigración —y en última instancia a la formación del primer gran ejército de reserva industrial de la historia—; la aristocracia rural francesa, por el contrario, permitió generalmente la posesión *de facto* del suelo por el pequeño campesinado, utilizando el sistema de diezmos para la comercialización de los «excedentes agrarios» (Moore 1976, p. 340). La Revolución francesa tuvo así uno de sus motores fundamentales —aunque no único como últimamente se pretende con indistancia— en el enfrentamiento de «campesinos contra señores» según la fórmula acuñada por la discípula de Moore, la norteamericana Theda Skocpol quien resume también sus resultados: «las revueltas agrarias de la Revolución Francesa fueron obra de los campesinos ricos y pobres, por igual. Pero los resultados fueron, desproporcionadamente, en beneficio de aquellos campesinos que ya estaban económicamente seguros y

granjeros que participan plenamente en el mercado en el juego del *status* establecido dentro de un amplio sistema social. Para asegurar su continuidad sobre la tierra y la subsistencia para su hogar, con frecuencia el campesino debe evitar el mercado, porque una participación sin límites en éste amenazaría su dominio sobre su fuente de vida. Por lo tanto, se aferra a los arreglos tradicionales que le garantizan su acceso a la tierra y al trabajo de sus parientes y vecinos. Además, sólo le atrae una producción para la venta dentro del marco de una producción asegurada para la subsistencia. Dicho de otra forma, el campesino opera en un mercado restringido de facturas y productos. Los factores de la producción —tierra, mano de obra y equipo— se hallan relativamente inmovilizados por vínculos y expectativas previos; los productos se venden en el mercado para producir un margen extra de entradas con las cuales se compran bienes que no se producen domésticamente. En contraste, el granjero entra plenamente en el mercado, somete su tierra y su mano de obra a la competencia abierta, experimenta usos alternos para los factores de producción en la búsqueda de máximas ganancias, y favorece al producto más lucrativo sobre el que implica un riesgo más pequeño» (Wolf 1979; pp. 10-11).

bien establecidos como dirigentes de la política local» (Skocpol 1984, p. 209).

Frente a estas dos «vías» más o menos puras de transformación agraria asociadas a construcciones políticas estables de la sociedad moderna, nos encontramos multitud de *transiciones* —tan capitalistas y modernas como las otras sólo que simplemente «diferentes»— *semiperiféricas* al capitalismo a partir también de la disolución de las viejas relaciones de producción feudales y su sustitución por nuevos vínculos capitalistas mercantiles. El destino tanto económico como político de cada uno de estos procesos depende, a su vez, del lugar de cada una de las naciones en la economía-mundo.

De esta manera, en primer lugar, nos encontramos con las semiperiferias ascendentes que a lo largo del siglo XIX, y especialmente a finales, van a acabar consolidándose como países centrales en la división internacional del trabajo. La versión «democrática» de esta transformación viene dada por los Estados Unidos, la versión «totalitaria» por Alemania y Japón. Estos dos últimos países serían el máximo exponente de lo que Moore (1976, pp. 351 y ss.) llama la «revolución desde arriba» y que tiende a coincidir con la «vía prusiana» de transición del feudalismo al capitalismo tal como la denominó el propio Marx. Aquí la aristocracia rural, apoyada por el aparato de Estado que controla, modifica las relaciones de producción agrarias en función de las necesidades de la formación de sus vínculos comerciales modernos. Lo que va asociado tanto a «la persistencia del absolutismo real o, más generalmente, de un régimen burocrático preindustrial hasta tiempos modernos que ha creado condiciones desfavorables a la democracia del tipo occidental» (Moore 1976, p. 338), como a una sistemática destrucción de la propiedad comunal: «había que pasar estas tierras a propiedad individual y privada, y este paso se verificó a través de toda una gradación de procesos que van de la expropiación pura y simple a la venta, pero que en la mayoría de los casos dieron un resultado uniforme: los bienes comunales pasaron de los grandes propietarios tradicionales o a las de nuevos propietarios burgueses, y los pequeños

campesinos perdieron una de las bases de su sustento» (Fontana 1975, pp. 153-154).

No es extraño, pues, que la «vía prusiana» esté en su largo devenir repleta de revoluciones, revueltas, contrarrevoluciones y tensiones, sin embargo, el resultado es cualitativamente distinto al caso francés porque el control del proceso está en manos distintas, como dice el historiador Manfred Kossok: «La dialéctica de evolución, reforma y revolución se cumple también bajo las condiciones de la vía prusiana, aunque con el predominio de las fuerzas conservadoras». (Kossok 1983, p. 88). Existen semejanzas entre el caso inglés y éste, pero lo que en aquél fue la rápida creación y consolidación de una burguesía industrial políticamente activa y, en un primer momento, relativamente autónoma con respecto al Estado aristocrático —que luego transformaría radicalmente a la medida de sus valores sociales—, en el «modelo prusiano» resultó ser la lenta y desequilibrada formación de una burguesía comercial e industrial que demasiado débil y dependiente para conquistar el poder debió subordinarse a las acciones de clase de los terratenientes y de la burocracia estatal que estos últimos controlaban.

Donde sí existe una coincidencia casi total entre ambos «modelos» es en la rápida proletarización urbana de los campesinos desposeídos de sus medios de vida por las transformaciones agrarias capitalistas (Fontana 1975, pp. 155-157). Aunque con un agente industrializador diferente: el capitalista individual en el caso inglés que protagoniza un despegue espontáneo y gradual producto de la reinversión de los excedentes comerciales y agrarios al principio y, más tarde, de sus propios excedentes financieros industriales; el capital bancario en los casos de atraso económico relativo que centraliza y pone en circulación productiva los excedentes financieros agrarios, suple la difusión, escasez y debilidad del capital industrial y genera un ahorro forzoso en base a creación de dinero bancario (Gerschenkron 1970, pp. 22-23). Así como con un desfase temporal evidente que se deriva de la posición central y adelantada de Inglaterra y el lugar semiperiférico relativamente atrasado pero ascendente ocupado, por el contrario, por Alemania y Japón que se industrializarán estratégicamente

—primando las ramas pesadas— en la depresión del último tercio del siglo XIX, llegando a ser centros potentísimos del capitalismo mundial a lo largo del siglo XX.

Los resultados, sin embargo, en lo que al campesinado respecta, y a su estructura política e ideológica, son en los tres casos idénticos, después de un ciclo de revueltas, movilizaciones y rebeliones espontáneas, generalmente violentas y claramente defensivas, su rápida absorción por el proceso de industrialización —casi siempre en formas de vida urbanas tan penosas, o más en realidad, como la de sus orígenes rurales— impidió la formación de un universo simbólico común lo suficientemente unificado y coherente como para generar un discurso ideológico campesino; discurso ideológico que, o bien de una manera preteórica —simple expresión fragmentaria de una visión del mundo—, o bien de una manera claramente teórica— elaboración de este discurso por parte de un intelectual casi siempre procedente de una clase no campesina, y específicamente, en muchos casos, de la pequeña burguesía— es el origen del populismo agrario.

Otra vía semiperiférica, pero «democrática» como dijimos, de desarrollo capitalista acelerado, coronada con una posición central en el sistema mundial, es el caso de los Estados Unidos que, inútil es recordarlo, se convertiría en el centro indiscutible de la economía-mundo a partir de la Primera Guerra Mundial. Antes de la Guerra de Secesión (1861-1865) los Estados Unidos «habían desarrollado tres formas de sociedad bastante distintas en partes del país también diversas: el Sur, algodónero; el Oeste, tierra de granjeros independientes; y el Nordeste, en rápido proceso de industrialización» (Moore p. 102). Tal situación es producto del modo específico de penetración del capitalismo en los Estados Unidos: ausencia de una economía agraria precapitalista, gran reserva de tierras libres que, o bien se ven convertidas en grandes plantaciones coloniales esclavistas-capitalistas en el Sur, o bien se irán ocupando progresivamente hacia el Oeste ligando el crecimiento económico con el crecimiento físico del territorio —es la apertura de «la frontera»—, rápida capitalización del excedente agrario gracias a las compañías de ferrocarriles que se encargan de su reconversión en capital comercial, etc. (Degler 1986, vol. 1.^o).

La Guerra de Secesión es un punto de inflexión importante, además de suponer tecnológicamente la primera «guerra industrial moderna», en cuando que es allí donde por primera vez se utilizan objetos tales como armas con cargador automático, medios logísticos de vapor por vía férrea y fluvial, navíos de guerra, acorazados sin velas, telégrafos, etc.; y de provocar un importante tirón en la demanda industrial nacional (Neville 1971, p. 311), su desenlace, con la victoria del Norte, supuso la ruptura de las relaciones subordinadas con Inglaterra, que el Sur implícita o explícitamente alentaba, y la creación de una industria nacional capaz de prosperar gracias a la formación de un gran mercado interno defendido de la penetración inglesa por el «arancel más alto hasta la fecha en la historia de la nación» (Moore 1976, p. 129). La economía norteamericana se articula, a la sazón, sobre una serie de mecanismos económicos que garantizan una rápida y amplia acumulación de capital a la vez que se encuentra libre de todos los residuos de modos de producción anteriores, esto representa un cambio de escala comparativo del crecimiento americano con respecto a la economía europea obligada a la destrucción o la asimilación de formas productivas anteriores, y con recursos mucho más limitados, tanto en cantidad como en coste. De esta forma los Estados Unidos independientes y protegidos de la industria inglesa, en un momento en que además la economía mundial entra en una depresión profunda cambiará su posición en el sistema internacional, logrando una dinámica y flexible industrialización que le acabará convirtiendo en el gran núcleo de la economía-mundo.

Por otra parte, nos encontramos con las condiciones particulares de formación y existencia de la fuerza de trabajo americana, entre las que sobresale la importancia de la emigración como base sobre la que se sustenta la disponibilidad de mano de obra en los Estados Unidos. Por ello resulta fundamental el cambio de signo que después de la Guerra de Secesión se percibe en los flujos de entrada de mano de obra y en la producción capitalista; registrándose, de este modo, primero, una gran oleada (1815-1860) de más de cinco millones de personas llegadas de la Europa Central y de Irlanda —producto de la gran expulsión campesina

provocada por la quiebra de la agricultura precapitalista y de las hambrunas irlandesas de mediados del siglo— encargadas de seguir expandiendo «la frontera» y, a la vez, formar el primer ejército de reserva para las obras infraestructurales americanas asociadas a la apertura de «la frontera» y los negocios ya prósperos de los protestantes descendientes de la primitiva colonización inglesa; para posteriormente (1880-1915) recibir la segunda oleada procedente en su inmensa mayoría de la Europa del Sur y del Este, son más de quince millones de personas cuyos destinos finales ya no van a ser los trabajos agrarios ni las grandes realizaciones del movimiento de la «frontera», definitivamente concluido, sino el hacimiento en grandes zonas metropolitanas pasando a constituir el mayor ejército laboral de reserva de la historia (Cfr. Degler 1986, 2.º vol. pp. 50 y ss.).

En este contexto histórico aparece en el último cuarto del siglo XIX un movimiento pseudopopulista que ya en la década de los noventa incluso se presentaría como una fuerza política activa bajo el nombre de Partido del Pueblo cuyas bases de movilización serían granjeros independientes —pues el campesinado en el sentido estricto que vimos más arriba no existía lógicamente en los Estados Unidos —y ciertas clases medias rurales (Hofstadter 1970). Su visión de la situación: la existencia de una élite oligárquica de banqueros, potentados industriales y dueños de ferrocarriles que influyendo a través de los organismos políticos estatales —especialmente el sistema monetario— conseguían un nivel de precios y una estructura impositiva que les permitían ganancias portentosas a base del endeudamiento, la miseria y hasta el hambre de los granjeros, que en última instancia se presentan —como es habitual en el populismo agrario— convertidos en «el pueblo» en un sentido genérico. Sus propuestas: propiedad pública de los ferrocarriles, teléfonos y telégrafo, ordenación del sistema monetario (reaccionando con medios inflacionistas ante las depresiones) concesión estatal de crédito, impuesto progresivo de la renta, expropiación de los terrenos cultivables en manos de compañías de ferrocarriles o extranjeras, control absoluto e incluso nacionalización de la Banca, libre acuñación de moneda local, etc.

Es evidente que el movimiento populista estuvo localizado en

el Medio Oeste triguero —aunque no dejó de tener cierta resonancia en el pequeño propietario del Sur algodónero de postguerra, pero muy mitigada por el problema racial— y que el asunto más acuciante para sus protagonistas era la escasez de capitales y el control de crédito por gestores financieros vinculados a intereses no agrarios. Así: «rica en tierras y recursos naturales, pero escasa de mano de obra y capital, la economía estadounidense otorgaba gran valor a la agricultura capital— intensiva, vale decir, a las prácticas que intentaban, mediante el uso de maquinarias, compensar la escasez de mano de obra aprovechando las extensas y relativamente baratas tierras disponibles. Hubo siempre gran necesidad de capitales, tanto para adquirir máquinas destinadas al cultivo como para acaparar el mayor número de tierras posibles con propósitos especulativos» (Holstadter 1970, p. 16). Y esta particular perspectiva se obscureció notablemente para los granjeros a partir de la depresión de los setenta: «aunque muy pocos de los agricultores pusieron objeciones a los beneficios materiales que les proporcionó la comercialización de la agricultura, muchos de ellos protestaron por la caída constante de los precios agrícolas que la acompañaron. Durante las últimas décadas del siglo XIX, los precios de los productos agrícolas descendieron a mayor velocidad que los precios en general, hecho que persuadió a numerosos agricultores de ser víctimas de una conspiración al tiempo que estaban pasando por una apurada situación económica» (Degler 1986, vol. 1.º, pp. 118-119).

En suma, el populismo en los Estados Unidos fue la respuesta del muy numeroso grupo de granjeros independientes norteamericanos a su integración subordinada en los canales de distribución de la economía capitalista. Sus características como grupo económico, e incluso como grupo étnico —descendientes de los blancos anglosajones forjadores de «la frontera» y por ello de los mismos Estados Unidos— favorecieron la aparición de un movimiento político de transición que teorizaba el enfrentamiento del agricultor a un sistema corrupto en el que los intereses industriales —indudablemente los preponderantes en la política económica y fiscal de la época— arruinaban la base laboral que en realidad, según su visión, era mucho más que la mano de obra que

alimentaba la nación, eran la nación misma. Sin embargo, este movimiento con indudables rasgos populistas en sus presupuestos políticos, no se puede decir que, como tal, alcanzase el estatuto de movimiento populista en sentido estricto, el hecho incontestable de que su base no fuese un campesinado históricamente dominado, sino un grupo de granjeros desfavorablemente tratados en los circuitos de comercialización de su país en una coyuntura histórica determinada nos pone ante una forma de pseudopopulismo o populismo «blando», que aceptaba el sistema político institucional de referencia y que una vez se suavizaron sus problemas más relevantes acabó diseminándose, pasado a apoyar desde 1896 al Partido Demócrata, «al populismo se le puede contemplar más adecuadamente como la manifestación de una fase de tramitación en la historia de la agricultura estadounidense. El populismo fue a un tiempo la última boqueada del mito agrario y la llegada a la mayoría de edad del agricultor como hombre de negocios» (Degler 1986, 2º vol. p. 122).

Las medidas propuestas por ese peculiar partido populista, por el contrario, no se perdieron en el olvido, muchas de ellas —las más moderadas— fueron adoptadas en las primeras décadas del siglo XX, además la impronta del ideario populista en el Partido Demócrata sería profunda, importante y duradera: supondría el final de la política del «laissez-faire» dentro de la «agrupación demócrata» en los últimos años del siglo XIX; ya en el siglo XX, en la depresión de los años treinta el conjunto de medidas de política económica y social que han pasado a la historia como el *New Deal* tenía mucho que ver con aquellas viejas soluciones que los granjeros propugnaban cuarenta años antes para paliar una crisis anterior (Cfr. Hofstadter 1970, pp 35-38, Degler 1986, 2º vol. pp. 125-127).

Ahora bien, el populismo agrario, en un sentido estricto, ha sido siempre un fenómeno asociado a las semiperiferias descendentes o estancadas, donde, como vimos, el desarrollo económico nacional, que existe y en algunas ramas productivas con cierta autonomía, se encuentra presidido por la dependencia tecnológica y financiera exterior, la dualización del sector agrario —alta productividad (exportación), baja productividad (consumo

nacional)—, y la constitución de formaciones políticas oligárquicas de precaria estabilidad institucional. La vía de transformación de las relaciones de producción precapitalistas es siempre una «vía reformista» (Kossok 1983, pp 92-95) donde la burguesía en vez de destruir los aparatos de poder del antiguo régimen tiende a integrarse subordinadamente en ellos; estamos en la variante extrema de la vía prusiana y la revolución desde arriba donde nos encontramos con «una clase comercial e industrial que es demasiado débil y dependiente para conquistar el poder por sus puños y que, entonces se echa en brazos de la aristocracia agraria y la burocracia real, canjeando el privilegio de gobernar por el de hacer dinero»(Moore 1976, p. 354).

La combinación de una industrialización débil, tardía y dependiente con la forma más recalcitante y autoritaria de transición del feudalismo al capitalismo, asociada a una reforma agraria liberal —que liquidaba la servidumbre allí donde subsistía, establecía claramente el principio de propiedad privada de la tierra y acabada con la propiedad comunal (y en algunos casos con las propiedades eclesiásticas), teniendo como máximos beneficios a los grandes terratenientes tradicionales —, sólo podía traer consigo costes sociales extraordinarios para el campesinado, así como su enclaustramiento en una situación sin posible salida histórica que, tanto le impedía la «fuga» industrial debido a lo limitado del proceso de desarrollo en esos países, como le impedía su supervivencia digna puesto que sus relaciones con la tierra habían sido rotas por la creación de una agricultura comercial sobreprotegida de baja productividad —aunque con alta rentabilidad para sus propietarios— y sostenida por toda una panoplia de instrumentos de intervención de un Estado oligárquico. «Este Estado oligárquico por sus fundamentos sociales, pero liberal por definición constitucional consistía en una estructura débil y fluctuante, que era poco más que la prolongación política del poder finalístico de la oligarquía dominante a la que servía instrumentalmente nacionalizado sus intereses y protegiendo el mercado nacional» (Graciarena 1984, pág. 50).

He aquí las claves de la aparición de una ideología populista: una industrialización débil pero presente, una dependencia no

absoluta, pero sí importante, a los centros capitalistas, una reforma agraria «liberal», un Estado oligárquico que cristaliza una revolución burguesa «desde arriba»y, sobre todo, un campesinado atrapado sin remedio entre todas estas circunstancias, en medio de una crisis económica de ámbito mundial. No es extraño, por tanto, que sea en Rusia y los países del Este, así como en Italia y en España; esto es, en la periferia europea —pero la semiperiferia de la economía—mundo— donde aparezcan los primeros brotes de un populismo agrario que en algunos casos geneará incluso una ideología teórica y socialmente diferenciada, durante las décadas finales del siglo XIX.

Sería imposible entrar aquí a analizar las características específicas de cada uno de estos casos —así como de otros semejantes—, pero trataremos de poner en común los rasgos que unificarán fenómenos tan diferentes como los que se experimentan en Rusia (5), los demás países del Este (6), Italia (7) o España (8). En principio vamos a identificar, con Lenin (1974) la ideología populista como un rechazo del capitalismo desde el punto de vista de los pequeños productores, y sobretodo del campesinado, que se ven dominados, tanto por el desarrollo capitalista, como por los grandes terratenientes tradicionales. Así Danielson uno de los principales teóricos del populismo ruso y primer traductor de «*El capital*» a su idioma había definido la «triple faz del enemigo del pueblo mujik»: los ferrocarriles, los bancos y el comercio exterior

(5) El populismo ruso ha sido, sin lugar a dudas, el fenómeno populista más estudiado hasta este momento, si exceptuamos, claro está, los populismos urbanos latinoamericanos, que ya advertimos en la introducción no vamos a tratar en este trabajo. Para una visión global del populismo agrario ruso véanse: Venturi (1961), Walicki (1970 y 1971), Lenin (1974, 3 vols. con introducción de Fernando Claudín), Tvardovskaia (1978), etc.

(6) Cfr. Ionescu (1970).

(7) Para el caso italiano, sus movimientos campesinos, los *fasci* sicilianos, la articulación de los movimientos rurales e ideologías socialistas en su seno e incluso la mixtificación que supuso la maniobra de Mussolini de llamar *Fasci* a su movimiento autoritario, antidemocrático y corporativo pueden verse: Bataille (1974, pág. 311 y ss.) y Hobsbawm (1968, cap. VI).

(8) Además de las obras de Vilar, Maurice, Serrano y Ortí citadas en las primeras notas de este artículo, son de particular interés para el caso español, de difícil caracterización global debido a las peculiaridades históricas de cada una de sus nacionalidades, las obras de Reig (1985), Caro Baroja (1984, pp. 41-65), y directamente en nuestra línea de interés la espléndida monografía de Juan José Castillo (1979).

en alianza con el Estado déspota, siendo la burguesía rural una fracción más del bloque anticampesino (Vergopoulos 1980, p. 86).

Lo acertado de estos diagnósticos no agota, por el contrario, el tema, fundamentalmente porque no establece un criterio de diferenciación adecuado entre el populismo como movimiento social y el populismo como doctrina política y teórica. Ambas cosas son populismos, sin embargo ambas cosas tienen significados y responden a orígenes sociales distintos.

En primer lugar el populismo es la ideología de un movimiento social. Si entendemos por ideología —siguiendo la elaboración marxista del término (Cfr. Williams 1980, pp. 71—89; Therborn 1980, esp. pp. 31—49)— como la cristalización de la relación imaginaria de los individuos con las condiciones reales de su producción material y social, entonces el populismo es el discurso ideológico sobre el que se apoya la movilización campesina. El populismo es entonces un «campesinismo» (Ionescu 1970, pp. 124 y ss.) radical y específico de una situación histórica de estancamiento social del campesinado; es un movimiento social defensivo que intenta preservar un modo de vida propio frente a todo un conjunto de sistemas (agrarios, comerciales, industriales, financieros, políticos-oligárquicos, institucionales-estatales, etc.) que tratan, consiguiendolo de una u otra forma, de colonizar, integrar y subordinar a todos los niveles dicho modo de existencia campesino.

Pero dejar las cosas a este nivel poco nos aclara, ya que acabaríamos identificando populismo como un estado de opinión (que tiende a generar actos de rebelión más o menos espontáneos del campesinado) articulado a partir de una serie de recursos ideológicos preteóricos propios y de la labor de una serie de líderes o grupos de referencia carismáticos naturales pertenecientes al mismo colectivo en cuestión. El paso siguiente lo damos gracias a George Rudé y de su definición de *ideología popular*. «la ideología *popular* no es puramente asunto interno ni propiedad exclusiva de una sola clase o grupo: eso por sí solo basta para distinguirla de la ideología como «conciencia de clase» o su antítesis [...]. Lo más frecuente es que sea una mezcla, una fusión de dos elementos, de

los cuales solamente uno es privado de las clases «populares», mientras que el otro se sobrepone mediante un proceso de transmisión y adopción desde fuera. De éstos el primero es lo que yo llamo el elemento tradicional, «inherente», una especie de «leche materna» ideológica, basada en la experiencia directa, la tradición oral o la memoria colectiva [...]. En esta fusión el segundo elemento es el cúmulo de ideas y creencias que «derivan» o se toman prestadas de los demás, y que a menudo se presentan en forma de un sistema más estructurado de ideas políticas o religiosas» (Rudé 1981, pp. 33-34).

Desde esta perspectiva, el populismo agrario acaba siendo el resultado de la fusión de una ideología «inherente» campesina radical con una estructura teórica elaborada por un intelectual o grupos intelectuales que encuentran la base para una estrategia política institucional determinada. No es extraño así que se hayan superpuesto elementos teóricos tan diferentes como el marxismo o el liberalismo —recuérdense las diferencias entre el populismo radical y el populismo liberal ruso, por ejemplo— sobre la ideología tradicional populista campesina en el proceso de constitución del populismo como una doctrina teórica. Lo que hay que observar entonces es el *sentido político* de este discurso teórico y aquí es donde destaca el antioligarquismo pequeñoburgués (Ortí 1981, p. 342) reformista y antilatifundista que tiende a hegemonizar, en un momento de crisis del Estado burgués, la formación de un bloque de fuerzas sociales subordinadas —pequeña burguesía tradicional y campesinado— condensado ideológicamente en un populismo político institucional cuyo objetivo principal es la ruptura de la dominación oligárquica altoburguesa.

3. LA MITOLOGÍA POPULISTA COMO CONTRA-IDEOLOGÍA.

Una vez en este punto el populismo se convierte en una representación mitológica del mundo y de la historia (Cfr. Ortí 1981). En efecto, si seguimos al teórico francés Roland Barthes: «existen en el mito dos sistemas semiológicos de los cuales uno está

desencajado respecto al otro: un sistema lingüístico, la lengua (o los modos de representación que le son asimilados), que llamaré *lenguaje objetivo*, porque es el lenguaje del que el mito se toma para constituir su propio sistema; y el mito mismo, que llamaré metalenguaje porque es una segunda lengua *en la cual se habla de la primera*» (Barthes 1980, p. 206). Entonces el populismo agrario como doctrina teórico-política se comporta como un sistema estable y estructurado de significaciones que expresan una visión del hombre y la sociedad elaborada a partir de un discurso ideológico espontáneo campesino. Pero esta visión es esencialmente —y de ahí su carácter mitológico— una *deformación*: «El vínculo que une el concepto del mito al sentido es esencialmente una relación de *deformación*»[...]« el *mito no oculta nada*: su misión es la de deformar no la de hacer desaparecer» (Barthes 1980, pp. 214 y 213 respectivamente).

Esta actitud mitológica es proyectada por el populismo agrario sobre todos los hechos y circunstancias sociales sean pasadas, presentes o futuras. De esta forma, la interpretación *histórica* populista es, ante todo y sobre todo, la *idealización* de un pasado cuanto más remoto mejor. La constante apelación acrítica a las formas comunales de la explotación campesina, del colectivismo agrario, de los valores tradicionales del campesinado, de la resistencia popular contra el poder oligárquico llevada al cabo de los siglos —Joaquín Costa, por ejemplo, encontrará, nada más y nada menos, que en la lucha de Viriato durante el siglo II a. de C. un paradigma de la protesta antilatifundista y antioligárquica (Ortí 1981, p. 343 y ss.)—, así como la crítica contra las formas de organización social que no se hallen sancionadas por lo que se consideran formas consuetudinarias autóctonas, etc., son los ejes sobre los que se elabora una especie de *utopía regresiva*—en el sentido psicoanalítico del término, esto es, una vuelta del sujeto a etapas anteriores de su actividad, pensamiento, vida afectiva; vuelta, en suma, a la tierra, a la madre, a la naturaleza, a la grupalidad, a la oralidad, etc.—; utopía regresiva que expresa básicamente una interpretación romántica de la historia que «idealiza la pequeña producción y deplora la ruptura de sus pilares por el capitalismo»(Lenin 1974, 3.º vol. p. 189). Sin embargo será

de esta idealización de donde surgirá la identificación expresa entre tradición y antioligarquismo base de todo programa político populista.

Otro punto fundamental de la mitología populista es su concepción de la estructura social y económica. La idealización retórica del concepto recurrente «pueblo» no está respaldada por ninguna elaboración teórica y empírica acabada, así el concepto de *clase social* deviene en el mucho más difuso de *pueblo*, amasijo este último término de materiales ideológicos de todo tipo: raza, nación, campesinado, pequeños propietarios, pobres, etc., que son enfrentados a una también míticas, perversas y monolíticas clases dirigentes, idealización negativa de todos los rasgos contrarios al sufrido pueblo. Pero este hueco teórico—auténtico «agujero negro»— sólo es explicable por la propia visión económica sobre la que el populismo institucional se asienta. Al asociar —en un rasgo casi fisiocrático— la base de la riqueza nacional con la producción de la explotación campesina— que en la variante más culta, acabada y teóricamente refinada de populismo agrario que nos aporta el autor ruso Alexander Chayanov se convertirá en todo un modo de producción campesino, en una «economía campesina» natural y autónoma (9)— se acabará identificando pequeño campesinado con todo el pueblo, y la situación de empobrecimiento, enclaustramiento histórico, subordinación ante los mercados financieros y de productos, etc., etc., que este colectivo arrastra difícilmente, se convertirá en el resultado casi único de la política de la clase oligárquica, debidamente apoyada por el Estado corrupto.

Por último también nos detendremos unos instantes en el modelo de desarrollo que como alternativa al capitalismo

(9) Tanto Eduardo Sevilla-Guzmán (1983, p. 186, nota 33), como Pierre Vilar (1980, p. 271) han señalado aguda, correcta y oportunamente los posibles paralelismos entre Joaquín Costa y Alexander Chayanov en cuanto que estudiosos de la comunidad campesina tradicional de sus respectivos países. La obra teóricamente mucho más acabada y ambiciosa de Chayanov —y sobre todo las recientes tendencias a su absolutización dentro del ámbito de la historiografía actual después de su sonado redescubrimiento— son analizadas críticamente por Pierre Vilar (1980, pp. 265-311). Más información sobre la obra de este autor ruso se encontrará en los artículos de Eduardo P. Archetti que sirven de prólogo y epílogo a la edición argentina de la obra cumbre de Chayanov (1974).

proponen en general las teorías populistas. Frente a un capitalismo explotador y desintegrante, la alternativa populista es siempre la misma: una vía nacional, solidaria y comunal, que excluya la pobreza y los antagonismos sociales, asociada una industrialización lenta, respetuosa con el campesinado y la pequeña propiedad, protegida por un *Estado fuerte* que garantice que los beneficios de tal industrialización serán repartidos entre el pueblo y no acaparados en forma de capital por la oligarquía, etc. El atraso es por ello un privilegio (Walicki 1971, pp. 80 y ss.) porque permite plantear así una vía de crecimiento autóctona, desde la base de las comunidades locales y, en cierto modo, equilibrada; situación ventajosa si se compara con el desarrollo impuesto por el gran capitalismo con costes técnicos y sociales insoportables que estas naciones, si siguen un programa populista (programa además presentado como el inherente, o directamente derivado de la mentalidad nacional y no contaminado con ideas foráneas) jamás deberán pagar; la utopía pequeño burguesa, vemos acaba de ser invertida y proyectada, esta vez, hacia el futuro.

Este conjunto de rasgos típicos diferencia el pensamiento político populista de otro tipo de ideologías, el populismo no es básicamente un nacionalismo, aunque tenga esenciales elementos nacionalistas, tampoco es un fascismo aunque tenga elementos prefascistas —ambas ideologías, nacionalismo y fascismo, expresarían una visión del mundo coherente justamente con el bloque dominante y no con un bloque dominado como lo hace el populismo— ni tampoco es un socialismo (aunque tenga elementos presocialistas), que es la negación histórica de la razón de la propiedad privada. El populismo agrario en esa visión mitológica que acabamos de presentar aquí es sobre todo, y en su funcionamiento político, una *contra—ideología* en el sentido que a este término le da el comunicólogo argentino Eliseo Verón, esto es: «La diferencia fundamental entre una contra—ideología y una ideología en oposición real a otra, es que la contraideología no revela o manifiesta las contradicciones inherentes a la ideología a la que se opone; por el contrario, crea contradicciones inherentes para los mismos que la sustentan. Esto naturalmente, favorece la situación de domicilio de la autoridad existente. Lo contrario

ocurre cuando la posición es «real»; la ideogogía del grupo subordinado pone en cuestión la validez de la ideología del grupo dominante y por lo tanto pone en cuestión también la legitimidad de su poder» (Verón 1970, p. 174).

La contra—ideología populista se debate así en la contradicción del propio bloque subordinado que la genera —pequeña burguesía tradicional, campesinado—, busca superar una situación de atraso tradicional apelado, curiosamente, a las esencias tradicionales, proclama Estados fuertes o cirujanos de hierro en países donde existen asfixiantes Estados oligárquicos, su nacionalismo es antiimperialista —precisamente porque percibe su posición desventajosa en la división internacinal del trabajo—, frente al nacionalismo imperialista real o retórico altoburgués, pero es incapaz de desembarazarse de un chauvinismo y de un casticismo mistificador que idealiza el pasado nacional y desprecia cualquier solución social por ser extranjera y no concordar con la idiosincrasia del pueblo autótono; percibe, en suma, la dominación de clase y el conflicto social, pero su solución siempre pasa por el no enfrentamiento de clases, por la «revolución desde arriba», por el reformismo paternalista (o autoritario en algunos casos), más nunca por la transformación radical de la estructura de clases o la profunda remodelación desde la base del sistema económico. O sea, que nos encontramos permanentemente con aquella contradicción que ya señaló Lenin en su momento: la pequeña burguesía se enfrenta, protesta y lucha contra lo burgués, pero es incapaz de utilizar otros medios ideológicos, teóricos o políticos que no sean los de la sociedad burguesa, por eso el problema se presenta siempre como si se tratase de corregir —o de «regenerar» si se requiere— una situación corrupta, y no de romper con una situación de explotación objetiva de clase, resultado de una lógica de desarrollo histórico (Lenin 1974, 1.º vol. pp. 74-75).

Este hecho ha sido agudamente explicado por Alfonso Ortí utilizando el concepto de «doble vínculo» del antropólogo y psicólogo Gregory Bateson (1977). El doble vínculo aparece como producto de una relación contradictoria de un individuo o grupo con su contexto social, resultado de una doble sujeción que le impide una acción social autónoma y coherente —lo que tiende

a generar siempre contra-ideologías (Verón 1970) o mensajes paradójicos—, así: «*la vieja pequeña burguesía patrimonial* (rural y urbana) se encontraba en una situación contradictoria, o (por decirlo con el concepto de Gregory Bateson) de «*doble vínculo*», que en el caso extremo de los pequeños campesinos queda simbolizada por su autodefinición espontánea como «*propietarios muy pobres*» que a la vez les enfrenta con el Poder alto burgués y les subordina al mismo, en una doble dimensión social y política: a) Porque, por una parte, su protesta contra la dominación oligárquica de la gran propiedad y de sus representantes, y el temor al conflicto radical que tiende a desencadenar una desigualdad radical, refuerza en la *pequeña burguesía su idealismo democrático* y sus *tendencias reformistas*. b) Pero, por otra, su vinculación necesaria a la pequeña propiedad, así como su temor a un desarrollo capitalista demasiado acelerado (que amenaza con expropiarles) les separa —llegados los momentos de crisis— de las masas populares y trabajadoras sin propiedad y les hace soportar gobiernos autoritarios y conservadores que al garantizar *toda propiedad*, defiendan la *suya propia*» (Ortí 1984, p. 101). De aquí la insistencia del propio Alfonso Ortí —y la del teórico argentino Ernesto Laclau (1978, pp. 199-205)— en el carácter fundamentalmente *ambiguo* del fenómeno populista; en una determinada coyuntura histórica puede articularse como un populismo presocialista de las clases dominadas, en otros momentos y situaciones sus elementos prefascistas sirven como ingredientes ideológicos fundamentales en la construcción del discurso autoritario de las clases dominantes.

No obstante, a pesar de todas estas contradicciones, mitificaciones y paradojas que se dan cita en el pensamiento político populista resultan cada vez más evidentes los valores indiscutibles que nos han aportado sus trabajos. Valores como sus importantes indagaciones y estudios concretos de calidad sobre el campesinado y sus formas económicas y sociales de vida (Sevilla Guzmán 1983; pp. 144-146); como su planteamiento de un modelo de industrialización posible que no sea una industrialización dependiente y subordinada, sino una industrialización autóctona y autocentrada, así como respetuosa con un equilibrio natural campo/ciudad

—cosa que redescubriría la economía política marxista de los años sesenta y setenta (Cfr. Walicki 1971)—; y, sobre todo, como su atención al papel político del campesinado, principal movimiento de masas en las revoluciones hasta hoy conocidas (cfr. Skocpol 1984), y sin embargo injustamente despreciado como fuerza política por el *reduccionismo de clase* omnipresente en el marxismo dogmático, siempre buscando, como Diógenes con su linterna, la «auténtica» clase obrera, sujeto profetizado de la revolución socialista (Laclau y Mouffe 1985, p. 83).

Hoy en día, cuando hemos aprendido a valorar el papel central del campesinado, y en general de todos los movimientos sociales, en la construcción —y deconstrucción— de la historia; cuando sabemos que nuestra «burbuja industrial» es energética y ecológicamente desmesurada; cuando los socialismos «científicos» se vienen convirtiendo con demasiada insistencia en socialismos «realmente existentes», y en estos últimos el campesinado ha sido casi siempre el grupo menos beneficiado de las revoluciones que protagonizaron. Hoy, cuando hemos descubierto que lo «pequeño es hermoso» y que lo mayor no tiene obligatoriamente que coincidir con lo mejor; cuando las utopías convivenciales ya son algo inevitable para nuestra supervivencia porque deben ser enfrentados a otras utopías —las armadas y tecnocráticas— que se esconden precisamente bajo la máscara de su realismo e inevitabilidad. Hoy, en resumen, parece que merece la pena volver a interesarnos por ese viejo populismo agrario que planteó, al fin y al cabo, el primer modelo de desarrollo nacional autónomo equilibrado entre el campo y la ciudad, en forma de una curiosa utopía contradictoria que podía ser resumida con aquella irónica frase de Alphonse Allais: «se deberían construir las ciudades en el campo: el aire allí es más puro» (citado por Linhart 1976, p. 151).

Bibliografía

- ALAVI, H., «Populism», en Tom Bottomore (Ed.), *A dictionary of marxist thought*, Oxford, Basil Blackwell, 1983, pp. 380-382.
- BATAILLE, G., «Ensayos de sociología», en *Obras escogidas*, Barcelona, Barral, 1974, pp. 311-323.
-

-
- BARTHES, R., *Mitologías*, Madrid, Siglo XXI, 1980.
- BATESON, G., *Doble vínculo y esquizofrenia*, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1977.
- BEYHAUT, G. y H., *América latina. De la independencia a la segunda guerra mundial*, Madrid, Siglo XXI, 1986.
- BRAUDEL, F., *La dinámica del capitalismo*, Madrid, Alianza, 1985.
- CARO BAROJA, J., *El laberinto vasco*, San Sebastián, Txertoa, 1984.
- CASTELLS, M., *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*, Madrid, Alianza, 1986.
- CASTILLO, J. J., *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino en España*, Madrid, Servicio Publicaciones Agrarias, Ministerio de Agricultura, 1979.
- CHAYANOV, A. V., *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974, prólogo y epílogo de Eduardo P. Archetti.
- DALE, R., «Nation state and international system: The world-system perspective», en McLennan G. y otros (Eds.), *The idea of the modern state*, Milton Keynes y Philadelphia, Open University Press, 1984, pp. 183-207.
- DEGLER, C. N., *Historia de los Estados Unidos*, Barcelona, Ariel, 1986, 2 vols.
- FONTANA, J., *Cambio económico y actitudes políticas en la España del Siglo XIX*, Barcelona, Ariel, 2.ª ed. 1975.
- FRANK, A. G., *La acumulación mundial 1492-1789*, Madrid, Siglo XXI, 1979.
- GERSCHENKRON, A., *Atraso económico e industrialización*, Barcelona, Ariel, 1970.
- GRACIARENA, J., «El Estado latinoamericano en perspectiva. Figuras, crisis, retrospectiva», en *Pensamiento Iberoamericano* n.º 5, enero-junio 1984, pp. 39-74, vol. 1.º.
- HOBBSAWM, E. J., *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Ariel, 1968.
- HOFSTADTER, R., «Estados Unidos», en Ionescu, Gh. y Gellner, E. (Comps.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970, pp. 15-38.
-

-
- IONESCU, Gh., «Europa oriental», en Ionescu, Gh. y Gellner, E. (Comps.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970, pp. 121-149.
- KOSSOK, M., «Historia comparativa de las revoluciones de la época moderna. Problemas metodológicos y empíricos de la investigación», en AA.VV., *Las revoluciones burguesas. Problemas teóricos*. Barcelona, Crítica, Grijalbo, 1983.
- LACLAU, E., *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, Siglo XXI, 1978.
- LACLAU, E. y MOUFFE, Ch., *Hegemony and socialist strategy. Towards a radical democratic politics*, Londres, Verso/NLB, 1985.
- LENIN, V. I., *Escritos económicos (1893-1899)*, Madrid, Siglo XXI, 1974, prólogo y notas de Fernando Claudín, 3 vols.
- LINHART, R., *Lenine, les paysans*, Taylor, París, Seuil, 1976.
- MARINI, R. M., «Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora», en AA.VV., *Tres ensayos sobre América latina*, Barcelona, Anagrama, 1973, pp. 95-135.
- MARINI, R. M., *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI, ed. revisada, 1974.
- MAURICE, J. y SERRANO, C., *J. Costa: Crisis de la Restauración y populismo (1875-1911)*, Madrid, Siglo XXI, 1977.
- MOORE, B., *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Barcelona, Península, 2.ª edición, 1976.
- NAVILLE, P., «Trabajo y guerra», en Friedmann, G. y Naville, P., *Tratado de sociología del trabajo*, México, FCE, reimp. 1971, 2.º vol., pp. 306-328.
- ORTÍ, A., «Estudio introductorio» a Costa, J., *Oligarquía y caciquismo*, Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1975, 2 vols.
- ORTÍ, A., «Oligarquía y pueblo en la interpretación populista de la historia. La crítica mitológica del latifundismo en el liberalismo social», en Castillo, S. y otros (comps.), *Estudios de Historia de España. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, Madrid, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1981, pp. 315-348.
-

-
- ORTÍ, A., «Política hidráulica y cuestión social: orígenes, etapas y significados del regeneracionismo hidráulico de Joaquín Costa», en *Agricultura y Sociedad*, n.º 32, julio-septiembre 1984, pp. 11-107.
- REIG, R., «Populismes», en *Debats*, n.º 12, junio 1985, pp. 6-21.
- RUDÉ, G., *Revuelta popular y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1981.
- SERRANO, C., «Introducción» a Costa, J., *Colectivismo agrario en España*, Zaragoza, Guara/Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios, 1983, 2 vols.
- SEVILLA-GUZMÁN, E., «Una breve incursión por la otra sociología rural» y «Sobre el pensamiento social agrario en España», en Newby, H. y Sevilla-Guzmán, E., *Introducción a la sociología rural*, Madrid, Alianza, 1983, pp. 137-241.
- SKOCPOL, Th., *Los Estados y las revoluciones sociales*, México, FCE, 1984.
- SMITH, T., *Los modelos del imperialismo. Estados Unidos, Gran Bretaña y el mundo tardíamente industrializado desde 1815*, México, FCE, 1984.
- THERBORN, G., *The ideology of power and the power of ideology*, Londres, Verso/NLB, 1980.
- TVARDOVSKAIA, V. A., *El populismo ruso*, México, Siglo XXI, reimp. 1978.
- VENTURI, F., *El populismo ruso*, Madrid, Alianza, 1981, 2 vols.
- VERGOPOULOS, K., «El Capitalismo diforme» en Vergopoulos, K. y Amin, S., *La cuestión campesina y el capitalismo*, Barcelona, Fontanella, 1980, pp. 51-226.
- VERÓN, E., «Ideología y producción de conocimientos sociológicos en América Latina», en AA.VV., *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970, pp. 167-202.
- VICENS VIVES, J., «España 1868-1917», en *Coyuntura económica y reformismo burgués*, nota introductoria y edición de Josep Fontana, Barcelona, Ariel, 1969.
- VILAR, P., «¿Economía campesina?», reeditado en *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1980, pp. 265-311.
- VILAR, P., «El socialismo español de sus orígenes a 1917», en Droz J. (Ed.),
-

Historia general del socialismo. De 1875 a 1918, Barcelona, Destino, edición en rústica 1985, pp. 379-438.

WALICKI, A., «Rusia» en Ionescu, Gh. y Gellner, E. (comps.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*. Buenos Aires. Amorrortu, 1970, págs. 81-120.

WALICKI, A., «Populismo y marxismo en Rusia», Barcelona, Estela, 1971.

WALLERSTEIN, I., «Semi-peripheral countries and the contemporary world crisis», en *Theory and society*, Vol. 3, n.º 4, 1976, pp. 461-483.

WALLERSTEIN, I., *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Madrid, Siglo XXI, 1979.

WIENER, J. M., «The Barrington Moore thesis and its critics», en *Theory and Society*, vol. 2, n.º 3, 1975, pp. 301-330.

WILLIAMS, R., *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980.

WOLF, E. R., *Las luchas campesinas del siglo XX*, México, Siglo XXI, 5.ª ed. 1979.

RESUMEN

Este artículo estudia las características de constitución del populismo agrario como una especial forma ideológica determinada por la posición semiperiférica de ciertos países y zonas geográficas en la división internacional del trabajo. Combinando, de esta manera, el análisis del proceso ideológico con el estudio de las estructuras económicas y sociales que generan posiciones de dependencia en el sistema mundial, se trata de caracterizar el importante papel que la realización o frustración de una profunda modernización agraria juega en la conformación de la matriz ideológica de los movimientos sociales campesinos, en los discursos populistas de algunos pensadores agrarios y en el universo político de sus países de referencia.

RÉSUMÉ

Dans cet article il est étudié les caractéristiques de la constitution du populisme agraire en tant que forme idéologique spéciale résultant de la position semi-périphérique de certains pays et de certaines zones géographiques dans la division internationale du travail. Il s'agit de cerner, en combinant l'analyse du processus idéologique et l'étude des structures économiques et sociales génératrices des situations de dépendance dans le système mondial, l'importance du rôle que la réalisation ou l'échec d'une modernisation agricole profonde joue dans la formation de la matrice idéologique des mouvements sociaux paysans, dans le contexte des discours populistes de certains penseurs agraires et de l'univers politique de leur pays de référence.

SUMMARY

This article examines the constitutional features of agrarian populism as a special ideological form determined by the semiperipheral position of certain countries and geographical areas in the international division of labour. By combining in its way the analysis of the ideological process with the study of the economic and social structures leading to positions of dependence in the world system, the article attempts to characterise the important role played by the attainment or frustration of a profound agricultural modernisation in the formation of the ideological matrix of the rural social movements, in the populist dissertations of some agrarian philosophers and in the political universe of the countries to which it refers.

